REFLEXIONES DE UNA ESTUDIANTE DE MEDICINA EN UN CONGRESO DE BIOÉTICA

REFLECTIONS OF A MEDICAL STUDENT IN A CONGRESS OF BIOETHICS

Bárbara Marco Gómez
Estudiante de 6º de Medicina de la Facultad de Medicina de Zaragoza

Cuando terminé Bachillerato y me entregaron un folio donde tenía que escoger la carrera universitaria que quería cursar…estuve en un apuro.

Sería muy romántico decir que quiero ser médico desde que era pequeña… ¡Pero sería completamente mentira! Que nadie se lleve a engaño: muchos de los estudiantes que nos matriculamos en esta preciosa Licenciatura (ahora Grado), no lo hacemos por un impulso incontrolable para ayudar al prójimo o salvar vidas. La verdad (como casi siempre, menos bonita) es que, debido a la alta y creciente nota de corte, jóvenes con auténtica vocación están quedando fuera mientras otros, brillantes por supuesto, pero quizás con intereses menos románticos, acceden a los estudios sin saber muy bien dónde se meten…

Sea como fuere y gracias a una serie de circunstancias que no vienen al caso, lo que a mí siempre me ha resultado verdaderamente interesante (al igual que a tantas personas) es la literatura, el cine, la música…; así que al encontrarme frente a ese terrorífico folio en blanco del que iba a depender el resto de mi vida, y sumando a lo anterior que la ciencia (la biología, fisiología…) no me eran para nada indiferentes, pensé: ¿Qué profesión puede aportarme una sólida base científica y, sin embargo estar basada en las Humanidades?

Solamente una: La Medicina.

Haciendo la matrícula de primer curso busqué entre el amplio compendio de Asignaturas de Libre Configuración de la Universidad de Zaragoza hasta que encontré lo que buscaba: «Medicina y sociedad».

La asignatura trataba asuntos de Bioética mediante la visualización de películas o escenas de las mismas *(«Amar la vida.» «El hombre elefante», «El aceite de Lorenzo»)* lectura de libros *(«Nunca me abandones»*

«*Señora de rojo sobre fondo gris*») charlas informativas impartidas por expertos (el Gerente del Servicio Aragonés de Salud)…

Los primeros años de carrera son complicados; la bioquímica, la biofísica, la biología…forman un túnel cuya luz al fondo apenas se intuye. La dimensión humana (en su acepción no física, se entiende) brilla por su ausencia en los temarios y aunque interesante, el estudio parece incompleto. Algo decepcionante para los estudiantes que comienzan ilusionados una nueva etapa de formación, pensando en convertirse en médicos más que en estudiar medicina.

Reconozco que a mí, asignaturas como «Medicina y Sociedad», o «Bioética», me ayudaron a sobrellevar el estudio molecular sin perder de vista el trasfondo humanista de mi profesión.

En cuanto a mis compañeros…recuerdo opiniones muy variadas respecto a la Bioética como disciplina académica. En nuestro plan de estudios la Bioética estaba concebida como una asignatura cuatrimestral obligatoria a cursar durante el segundo año de licenciatura. Unos la consideraban una asignatura fácil de aprobar y por tanto secundaria. Otros se lamentaban del método de evaluación ideado por el profesor responsable de la asignatura, en el que se valoraba sobre todo (hasta el 50% de la nota final), la realización de unas Memorias en las que el alumno trataba de reflexionar y dejar constancia de lo aprendido como si fuera un diario.

La verdad es que la realización del documento resultó costosa, pero me consta que la mayoría de mis compañeros quedaron satisfechos con el resultado, y me atrevería a decir que muchos incluso disfrutaron durante el proceso. Recojo algunos comentarios de alumnos (entre comillas):

«Ahora que reviso las Memorias, me sorprende la manera en que la reflexión ha conseguido modificar algunos principios que yo tenía por muy consolidados.»

«La elaboración de las Memorias ha sido buena idea: creo que he mejorado mi capacidad de redacción (lo que nunca está de más en un médico). Y me paro a pensar mucho más las cosas…»

Yo personalmente pienso que es importante empezar a hablar de bioética en los primeros cursos, cuando el idealismo del estudiante está intacto y su mente abierta (más adelante retomaré el proceso de deshumanización del estudiante conforme pasan los años.) Pero no todos los estudiantes pensaban del mismo modo:

«Me ha parecido interesante, pero creo que sería mejor tratar los temas cuando nuestros conocimientos clínicos estén un poco más avanzados y tengamos algo de experiencia en el trato con el paciente.»

«Sería preferible que en todas las asignaturas nos enseñaran Bioética, en lugar de ser una materia separada.»

La experiencia de la asignatura Bioética fue satisfactoria para la mayoría, sobre todo porque sin tener todavía contacto con la clínica, sin ver pacientes hasta el siguiente curso, la disciplina se nos antojaba interesante y con más aplicación práctica que las estudiadas hasta el momento.

«La asignatura de Bioética reúne todo lo que me gusta de la Medicina, y tiene ese toque más humano que le falta al resto de materias.»

En septiembre de ese mismo curso tuve la suerte de acudir a un curso de verano (Jaca 2008) titulado *La enseñanza de la Bioética en la Universidad y las Instituciones*. Fue una experiencia muy enriquecedora para mi, en la que pude conocer a numerosas personas cuya influencia, ya sea por su intervención explícita durante el curso o por su amable conversación, consejo y recomendaciones al margen de las horas docentes, ha condicionado mis decisiones y reafirmado algunas de las inclinaciones que ya poseía.

En la trayectoria de todo estudiante hay docentes que suponen un ejemplo especialmente positivo, incluso un antes y un después en el modo de actuar, sentir, interpretar…los estudiantes somos más impresionables de lo que parecemos. Somos como esponjas a las que basta mostrar un poco de entusiasmo para aprender a apreciar cualquiera que sea la especialidad que desempeñe nuestro profesor encargado, la exploración, actividad… ¡incluso a la burocracia conseguimos encontrarle la gracia! Siempre que el profesional que nos acompañe lo demuestre también.

Somos miméticos. Repetimos actos, frases…somos capaces de, en nuestra primera semana de prácticas, imitar gestos de profesionales con 25 años de experiencia y su consabido «*burn out*» solo para darnos importancia delante de nuestros compañeros en la cafetería.

Ahora que miro hacia atrás, me doy cuenta de que no reconocemos tanto como deberíamos la labor de algunos de nuestros mentores, y además de injusto, puede que esa falta de gratitud explícita sea una de las causas del hastío, del progresivo cansancio que sufren los docentes y que acaba en una rutina cómoda tanto para el profesional como para el estudiante, pero en la que ninguna de las partes está ofreciendo todo lo que puede dar de si mismo.

Muchas veces es por falta de arrojo, por timidez…pero a menudo el aprendizaje de un buen ejemplo se hace patente tiempo después del acto en cuestión, y ya no tenemos la oportunidad de agradecerlo, porque algo de lo que también me he dado cuenta, es de que no hace falta ser catedrático de ninguna asignatura, ni siquiera profesor titular para transmitir actitudes y enseñar bioética. Más bien al contrario, un profesor asociado o cualquier profesional que se hace cargo puntualmente de nosotros como tutor durante una práctica puede en tan solo un día, transmitirnos tanta ilusión por lo que hace que a partir de ese momento nada vuelva a ser lo mismo.

Por otro lado, todo lo que de positivo tiene el entusiasmo por la profesión, la buena práctica…lo tiene de nocivo una mala experiencia. Un mal ejemplo lo suficientemente larvado y oculto en el ajetreo de la rutina como para que el estudiante no lo descubra inmediatamente y, lejos de interpretarlo como desfavorable lo considere común, es lo más destructivo que existe. Cuando empezamos a considerar que ciertas circunstancias son «normales» porque las contemplamos habitualmente, cuando no diferenciamos entre lo «nor-

mal» y lo «frecuente», estamos perdidos. Deberíamos parar y pedir auxilio.

Después de aquel primer curso de verano en Jaca, que se ha convertido en una cita obligada cada mes de septiembre, pude colaborar en varias actividades relacionadas con la Bioética: charlas, proyectos relativos a la metodología docente de Ética Médica, talleres para detectar cuestiones éticas cotidianas, el curso piloto de lo que más tarde seria una asignatura de libre configuración llamada «Portafolio de Bioética»…La mayoría de las veces participaba como oyente, y en algunas ocasiones tuve la oportunidad de intervenir incluso colaborando en la docencia.

Ahora quiero retomar el tema del «proceso de deshumanización»del estudiante de medicina, porque he observado que en la cafetería de la Facultad se puede adivinar el curso de los estudiantes por el tipo de conversaciones que, curiosamente, se asocian al curso que están realizando: En tercero comentas situaciones que te sorprenden; hablas por ejemplo de cómo te has sentido al hacer una exploración ginecológica por la perplejidad que veías en la paciente; el sufrimiento humano te impresiona. En sexto, no es que hayas aprendido a soportar la miseria de la enfermedad, es que simplemente no la ves. Forma parte de la rutina.

Me gustaría señalar dos cuestiones sobre este proceso, que está descrito en la bibliografía aunque no muy bien estudiado y que afortunadamente no es universal. La primera de ellas me voy a permitir ilustrarla con la siguiente anécdota (de mi cuarto año de Licenciatura):

Tengo una compañera que, al ver que en un examen de una patología médica había sacado un 8.5 rompió a llorar porque ya no conseguiría la Matrícula de Honor por la que tanto había estado estudiando. Realmente estaba muy disgustada; yo se que se había esforzado mucho para sacar las mejores puntuaciones en las demás partes de la asignatura, así que traté de consolarla con las frases típicas pero honestas, de que un 8.5 es una muy buena nota, etcétera. Cuando llevábamos un rato, y era hora de marcharnos a prácticas se secó las lágrimas, y con un tono de manifiesto enfado me dijo: «¡Y para colmo, ahora tengo que ir a ese rollo de prácticas de cirugía pediátrica en las que no me dejan hacer nada más que mirar!»

Me quede descolocada y desconcertada: había perdido el tiempo con mi compañera, porque una persona que pasa sus prácticas en un servicio de Cirugía Pediátrica, tiene acceso a numerosas situaciones vitales realmente dramáticas. Y si la experimentación (aunque sea solo como mero espectador) de este tipo de situaciones no te proporciona la perspectiva suficiente como para saber evitarte un sofocón por no sacar un sobresaliente…la verdad es que no se me ocurre de qué manera podrá mi compañera adquirir dicha perspectiva.

¿Es posible que haya personas que se «deshumanicen» independientemente del entorno, los profesores, la experiencia o el tiempo?

La segunda cuestión al respecto, mas optimista afortunadamente, es que desde mi experiencia la situación contraria

también existe. Conozco a varias personas que se matricularon sin más expectativa que la de complacer a sus padres, y sin más ambición que la de terminar su formación con trabajo más o menos asegurado y cierto prestigio social. Y sin embargo a lo largo de la carrera (sobre todo durante las prácticas, pues en las clases magistrales es complicado formarse en actitudes) han adquirido un enfoque mucho más generoso y altruista de la Medicina.

Y si lo pensamos, esta debería ser la situación más habitual, puesto que tenemos la desgracia —pero al mismo tiempo la fortuna— de que nuestra ocupación da lugar a innumerables situaciones lo suficientemente conmovedoras como para relativizar los problemas triviales. Solo nos falta aprovecharlas para ejercitar la resiliencia y sobreponernos a ellas todavía más fuertes y agradecidos. Y esto es, desde mi punto de vista, lo que debería tratar de hacer un buen maestro: intentar transmitir lo que los libros no pueden enseñar.

Este es un resumen de mis experiencias con la bioética recopiladas hasta llegar a sexto, el último curso, cuando se supone ya debes haber aprendido todo lo que la Universidad puede ofrecerte pero que, en realidad, es el curso en el que más inseguro se siente el estudiante al darse cuenta de que «solo sabe que no sabe nada». Y al llegar a este punto, no puedo dejar de preguntarme… ¿Qué pasa con los Cuidados paliativos?

Es tremendamente frustrante y desesperanzador darse cuenta de que durante seis años de formación académica solo nos han enseñado (solo hemos estudiado) epidemiología, teorías etiológicas y… ¡dos tratamientos! La medicina que yo he estudiado básicamente consiste en la resección quirúrgica y en los antibióticos, pues no hay otro medio de curar. Todo lo demás, se entiende, es tratamiento sintomático y paliativo.

Desde el frente de la pizarra damos valor a lo que el profesor da importancia. Estudiamos con tanto más ahínco y detenimiento cuanto más extravagante e inusual es el signo, o el síntoma porque —triste pero cierto— es lo que con mayor probabilidad aparecerá en el examen. Esto, además de otras muchas consideraciones, tiene como resultado que los temas a los que el profesorado no dedica un tiempo real, académico, unos créditos, unas horas, unas preguntas en la evaluación…nosotros lo desconocemos por norma. Y podemos preguntarnos: ¿por qué el alumno no toma las riendas de su formación y rellena las lagunas que cree la Universidad está dejando? Porque hay cuestiones que no se encuentran en los libros, y son precisamente disciplinas como la Bioética o los Cuidados Paliativos, en las que la labor docente es imprescindible.

Ningún capítulo del *Harrison* puede serme de mucha ayuda, por ejemplo, para aprender a informar a la familia de un paciente terminal de que se está acercando el momento final. Durante mi ejercicio profesional, espero ser afortunada y encontrarme con médicos veteranos de quienes lo pueda aprender. ¡Quién sabe! Quizás algún día sea yo la afortunada transmisora de ese conocimiento. Entre

tanto, mi consejo para los que como yo, pasan por un sinfín de materias y prácticas, es que se mantengan alerta porque la dimensión ética existe y tenerla en cuenta marca la diferencia entre un buen profesional…y uno excepcional.